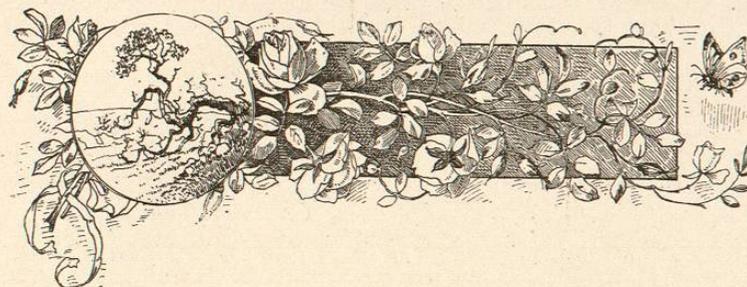


cando al pasadizo frontero, don Claudio Fuertes y León, asombrándose de que hubieran madrugado tanto los insignes dueños y señores del caserón de Pelechés.



VI

ENTRE BUENOS AMIGOS

SEÑOR don Claudio! No podía usted llegar más á tiempo ni en mejor ocasión... ¡Catana!... ¡Catana!... ¿Café? ¿Chocolate? ¿Cosa de tenedor?... Con franqueza, don Claudio: lo que más apetezca y mejor le guste á estas horas... ¡Catana!...

— Pero, señor don Alejandro, ¡si yo no acostumbro á desayunarme hasta más tar-

de! Cabalmente he venido tan de madrugada, por averiguar de sus sirvientes, mientras ustedes descansaban, qué era lo que habían echado más en falta anoche, para disponer con tiempo el remedio. ¡Cómo había de sospechar yo que después de las fatigas del viaje...?

— Pues ahí verá usted. ¿Y si le digo que hace ya más de una hora que andamos de ronda por toda la casa, de pieza en pieza y de balcón en balcón, mira aquí y asómbrete allá?...

— ¡Es posible?...

— Y ¿por qué no ha de serlo?

— En usted, pase, porque está más avezado, es de aquí y lo tiene ley; pero esta señorita...

— ¡A buena parte va usted! Cuando me levanté yo, ya estaba ella de vuelta, como quien dice. ¿No es verdad, Nieves? Hay que advertir también que antes de acostarnos anoche, habíamos pactado cierto compromiso... Pero que diga ella si le ha pesado la madrugada...

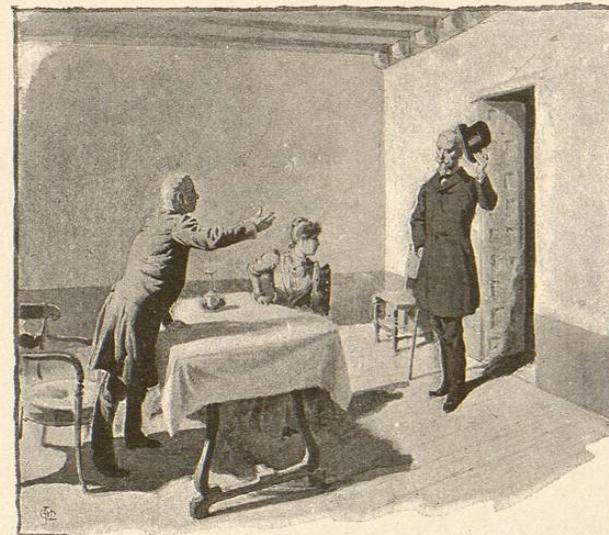
— De manera que la ha gustado la situación de Peleches?

— ¡Oh, muchísimo!

— Vaya, pues lo celebro infinito; porque temía yo lo contrario.

— ¿Por qué, recanástoles?

— Hombre, acostumbrada á la hermo-



sura y la animación de una ciudad como Sevilla, nada de particular tendría que al verse de pronto en una soledad como ésta...

— De modo que donde hay soledad, no

cabe belleza ni...? ¿Se quiere usted callar, alma de cántaro? No le haga caso, Nieves... ¡Pues, hombre, me hace gracia la ocurrencia! Desde aquí al cielo, señor don Claudio... Y no me replique, para taparme la boca, que poco he demostrado mi entusiasmo por las maravillas de Peleches volviéndoles la espalda durante tantos años; porque bien dicho lo tengo por qué ha sido y cuánto lo he deplorado... ¿Está usted? Pues ahora díganos qué va á tomar, porque está Catana deseando saberlo para servirle en el aire...

— ¡Ea! pues ya que ha de ser... lo mismo que ustedes tomen.

— Ya lo oyes, Catana: lo mismo que nosotros... Y respondiendo ahora á cierta indirecta pregunta que usted nos ha hecho, le digo que lejos de echar en falta cosa alguna en esta casa para nuestra comodidad, todo lo hemos hallado en su punto y lleno de motivos de agradecimiento y de aplauso á la previsión, al acierto... en fin, que ha hecho usted milagros... ¿No es así, Nieves?

— De toda verdad, don Claudio... Nada se echa de menos aquí.

— Repare usted, señorita, que yo no he hecho más que cumplir las órdenes de su papá lo mejor que he podido... De todas maneras, me felicito de no haberme equivocado... Pero ¿de veras le gusta á usted esto, Nieves?

— De veras, don Claudio, se lo juro á usted... Y ¿por qué no había de gustarme?

— Por lo que antes dije á usted. ¡Es esto tan diferente de aquello!

— Pues por esa diferencia me gusta á mí esto.

— ¡Ajá!... Tómame esa y vuelve por otra...

— De manera que usted está satisfecha?...

— Satisfechísima.

— Y dispuesta á sacar partido de...?

— De todo, don Claudio. Y si no lo estuviera, ¿para qué venir aquí?

— ¡En los mismos rubios, señor Fuertes! y vaya usted contando. A usted se le ha figurado que Nieves era una niña dengosa que se nutría de huevo hilado y alfeñique, y le faltaba la respiración en cuanto se la sacaba de la estufa... ¡A buena parte va usted con la suposición!

— No suponía tanto, señor don Alejandro; pero entre los dos extremos... Y en fin, yo celebro en el alma que la señorita Nieves sea como es; y excuso decirles á ustedes que no sólo por deber, sino con muchísimo gusto mío, me pongo á sus órdenes desde ahora para servirla, para acompañarla...

— Ya nos habíamos permitido nosotros contar con ese factor en los cálculos que hemos venido haciendo por el camino; pero, inocente de Dios, ¿sabe usted con quién trata? ¿conoce usted los ánimos, los bríos y los propósitos que hay en ese cuerpecito que se abarca por la cintura con la llave de la mano? ¡Ay, amigo don Claudio! usted y yo, para sopas y buen vino.

— Poco á poco sobre eso, mi señor don Alejandro. Usted sabrá á qué paso le anda la vida por sus adentros; pero no el que lleva la mía por los míos.

— Pues hombre, ya que me la echa usted de plancheta, le diré que allá saldrán las dos en andadura, como salimos en años uno y otro.

— No es regla esa, don Alejandro.

— Sobre todo, cuando se saca en la cuenta el pico gordo que me saca usted á mí.

— ¡Yo á usted?

— ¡Toma, y se admira, canástoles!

— ¡Yo lo creo!

— Pues mal creído...

— ¿Cuántos años tiene usted, entonces, ó, mejor dicho, cuántos cree tener?

— Ni tampoco cincuenta y ocho...

— Lo menos sesenta y dos...

— ¡Ave María Purísima!... ¡No le haga caso, Nieves!

— De todas maneras, igual le dé, porque ya no ha de echarse usted á pretender jovenzuelas; pero esta es una cuenta que se saca en el aire y por los dedos.

— Pues ya está usted sacándola.

— Cuando yo vine á Villavieja por primera vez...

— ¡Cómo! ¿No es usted de aquí, don Claudio?

— No, señora. ¿Usted no lo sabía?

— Lo habrá olvidado, porque yo creo habérselo dicho.

— No lo recuerdo.

— Yo soy de Astorga.

— ¡De Astorga?

— Sí, señora, de donde son las grandes mantecadas...

— Y los maragatos, canástoles, con sus bragazas de fuelle.

— Sí, señor, y á mucha honra.

— Pues ¿cómo vino usted de tan lejos?

— Lo mejor será que se lo cuente usted todo, don Claudio; porque, á lo que veo, ha perdido la filiación de usted que yo la he dado varias veces.

— Sí, y para que se vaya apartando la atención de cierta cuenta pendiente.

— ¡Habrás visto marrullero?... ¡Como si no me importara á mí más que á él dejarla bien saldada!

— Allá lo veremos, mi señor don Alejandro, porque todo se andará. Voy por de pronto á satisfacer la curiosidad de Nieves en cuatro palabras, porque siendo, aunque inmerecidamente, tan íntimo amigo de su padre, no está bien que sea un hombre desconocido para ella...

— Tanto como eso, no, señor don Claudio.

— Es un decir; y vamos allá. Yo vine á

Villavieja de teniente de carabineros, no cucharón, señorita, sino de colegio, del de Infantería. Aquí ascendí á capitán y me casé con una villavejana de bastante buen ver y no pobre del todo. ¿No es cierto, don Alejandro?

— Y se queda usted corto. Era de lo mejorcito de aquí... Y pasemos de largo sobre ese punto, antes que empiece á dolerle como de costumbre...

— Bueno. Tuve dos hijos varones. En esto se armó lo de Africa; tentóme un poco el patriotismo y otro poco la ambición; conseguí, bajo cuerda y sin que lo supiera mi mujer, que me mandaran allá; fuíme, haciéndola creer que me obligaban á ello; volví de comandante acabada la guerra; destináronme á Barcelona con el regimiento á que pertenecía; y entre si me convenía más dejar aquí la familia ó llevarla conmigo, enviudé; vílo todo de un solo color, y ése muy negro; disipáronse de repente todas mis ambiciones; pedí el retiro, concedieronmele, y quedéme en Villavieja donde había vivido muchos años, habían nacido mis hijos y poseían, por herencia de su

madre, media docena de tejas y cuatro terrones. Poco después, el señor don Alejandro, que siempre me había distinguido y honrado con su amistad, quiso honrarme y favorecerme nuevamente dándome plenos poderes para administrarle sus haciendas de aquí, que no son pocas. Esto acabó de afirmar mis raíces en la tierra de mi pobre mujer; raíces no muy agarradas ya desde que mis hijos, hoy oficiales del ejército, se habían ido al colegio militar y yo me veía solo y desocupado. Pero á todo se hace uno, Nieves, en esta breve y espinosa vida. Yo me fuí haciendo á mi soledad, y hasta he llegado á encontrarla relativamente placentera. De ordinario, no soy melancólico: al contrario, se me tiene por hombre feliz y regocijado. Yo no trato de desmentir mi fama, por si es merecida, y, sobre todo, porque nada me cuesta; y así vamos viviendo... y así soy ni menos ni más. Conque ¿me conoce usted ahora?

— Aunque no con tantas señas, bien conocido le tenía á usted, y estimado en lo que merece.

— Muchas gracias... y vamos á rematar

ahora el punto de las edades, que quedó empezado antes de abrirse este paréntesis que acabo de cerrar.

— ¡Canástoles, cómo le preocupa á usted ese punto, hombre! Pues supongamos que se echa la cuenta y que me sale usted alcanzado en cuatro años, ó que los dos salimos pata; después de todo ¿qué? Nadie tiene más edad que la que representa.

— Eso, mi señor don Alejandro, puede ser, y usted perdone, una huída, como otra cualquiera, del terreno, y desde luego no es exacto; y además, como argumento, es aquí muy sospechoso.

— ¡Vaya usted echando canela!

— Porque la hay á mano. Y á la prueba: me ve usted con esta facha algo quiijotesca; un si es no es acartonado, con el pelo y los bigotes grises...

— Canos.

— Corriente: canos, al paso que usted, más metido en carnes que yo, con el pellejo más reluciente, su estatura regular y de buen arte; tan aseadito y curro, y tan recortaditas y cepilladas las blancas patillas...

— ¡Grisés, don Claudio!... mírelas usted bien y juguemos limpio.

— Grisés, corriente: vaya también esa ventajilla á favor de usted: poco me importa. Nota usted esa diferencia de ornato, nada más que de ornato, entre las dos fachadas, y piensa que sacadas juntas á la plaza, la de usted se llevará las preferencias. Concedido. Pero en seguida protesto yo y le desafié á que me siga con la escopeta al hombro, ó con el bastón en la mano por sierras y montes arriba, á la tosterá del sol de Junio ó con las nieves de Enero; y entonces se descubren las máculas que hay debajo del revoque, y falla la máxima esa; porque es bien seguro que cuando yo comience á jadear, está usted agonizando.

— Eso se vería ¡canástoles!

— Por visto, señor don Alejandro, por visto... Y finalmente, que nos ponga á prueba Nieves, ó que me ponga á mí solo al realizar los planes que por lo visto tiene formados, utilizándome como guía y acompañante suyo, que es por donde habíamos empezado, y se verá si sirvo ó no sirvo para el caso, y quién cae primero de los

dos, ó el último de los tres, si se atreve usted á acompañarnos...

— ¡Vaya si me atreveré! ¡Y nos veremos allá, señor guapo!

— Pues no tienen ustedes más que avisar.

— Le cojo á usted por la palabra, señor don Claudio, con permiso de papá; y comienzo por mandarle que nos ayude, hoy mismo, á formar la lista de las expediciones que hemos de hacer por tierra y á pie...

— Repito que estoy á sus órdenes.

— Y por mar...

— Eso ya varía, Nieves. De la mar no entiendo jota. No me he embarcado aquí seis veces en mi vida; y en tres de ellas eché los hígados, sólo por asomarme á la boca del puerto. Soy de Astorga, y no hay más que decir. Pero no le apure la dificultad, que si los lances de la mar le gustan á usted...

— ¡Muchísimo!

— No han de faltarle medios de satisfacer el gusto. Respondo de ello.

— ¿De veras, don Claudio?

— Como todo lo que yo prometo, aunque me esté mal el decirlo.